

COMBONI “SANTO”, INVITACIÓN A PURIFICAR LA MEMORIA

P. Carmelo Casile

1. *Duc in altum*: Llamados de nuevo para recomenzar con Daniel Comboni “Santo” “Lleva la barca mar adentro y echen las redes para pescar” (Lc 5, 4).

Al inicio del Tercer Milenio las olas del desempeño y del cansancio pueden haber llegado hasta nosotros misioneros/as. Muchos de nosotros, en efecto, pertenecemos al mundo de los antiguos convencidos anunciadores del Evangelio en todo el mundo. Hemos vivido con emoción y esperanza las perspectivas misioneras de la Iglesia después del Concilio Vat. II: creíamos que finalmente brillaría límpida y resplandeciente la luz del Evangelio hasta los confines de la tierra, y nos sentíamos felices de participar en primera línea en esta “noble aventura”. Nos parecía que la Misión fuera la fuerza que cambiaría y transformaría el mundo. En la exuberancia de nuestro celo misionero quizá hemos tomado a Jesús como un instrumento para la realización de nuestros sueños de “potencia” en lugar de seguirle como Maestro y Señor humilde y pobre; eran momentos de creatividad; hubo emoción en nuestros gestos; hubo generosidad en nuestra entrega y en nuestras opciones; vislumbrábamos una época en la que todo el mundo, en sus aspectos sociales, políticos y económicos seguiría la luz del Evangelio.

Pero llegó para muchos de nosotros la decepción: las cosas no sucedieron cómo habíamos pensado, la sociedad humana camina siguiendo sus propios criterios, indiferente a la Palabra de Jesús. Y como si eso no bastase, algunas escuelas teológicas presentan fuertes reservas y objeciones con respecto a la Misión “*ad gentes*”. Se habla de Jesús como “uno de los salvadores” y se afirma que la expresión “*misión ad gentes*” es ya obsoleta.

A este clima de desilusión se añade el desconcierto de las conciencias provocado por tremendos acontecimientos mundiales de intolerancia y de violencia, que agravan las otras tantas situaciones difíciles en que se halla la humanidad.

En este clima de desorientación que algunos de nosotros podemos experimentar como particularmente angustioso y en el que puede abrirse camino la idea de que al final la solución más adecuada está en dar las dimisiones como misioneros, *nos sentimos llamar de nuevo*.

Es la voz de Juan Pablo II. Él en la última década del 2000, a pesar de la niebla que ofuscaba el horizonte misionero, prospectándose hacia el futuro en la encíclica “*Redemptoris missio*”, vislumbraba el amanecer de “una nueva época misionera”: “La actividad misionera está aún en sus comienzos. [...] Nunca como hoy la Iglesia ha tenido la oportunidad de hacer llegar el Evangelio, con el testimonio y la palabra, a todos los hombres y a todos los pueblos: Veo amanecer una nueva época misionera” (RM 1; 92); y al inicio del siglo y del Tercer Milenio repite: “La Iglesia no puede sustraerse a la actividad misionera hacia los pueblos y una tarea prioritaria de la *missio ad gentes* sigue siendo anunciar a Cristo, “Camino, Verdad y Vida” (Jn 14,6), en el cual los hombres encuentran la salvación” (NMI 56b)¹.

Nos hace recordar así que la barca y las redes nos sirven todavía y con la invitación “*Duc in altum, rema mar adentro*” nos anima a retomar el camino como misioneros para proclamar el Evangelio a las gentes de hoy con un *dinamismo nuevo* que nazca de la **herencia** que nos entrega la experiencia del Jubileo, esto es *la contemplación del rostro de Cristo*: “contemplado en sus coordenadas históricas y en su misterio, acogido en su múltiple presencia en la Iglesia y en el mundo, confesado como sentido de la historia y luz de nuestro camino” (15a).

Esta herencia es enriquecida aún más por el mismo Juan Pablo II con la canonización de D. Comboni. Ella, en efecto, es un evento eclesial destinado a reforzar y reencender la vocación “*ad gentes*” de la Iglesia, especialmente hacia los pueblos más abandonados en lo que se refiere a la fe y que viven en las más deshumanizantes condiciones de miseria. Supone un desafío para todos los cristianos a abrir las puertas cerradas para poder escuchar el grito de los “marginados” y de los

¹ Los números entre paréntesis que siguen se refieren a la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*

“esclavos” de nuestro tiempo; en particular para nosotros combonianos/as es un desafío a dejarnos llevar por nuestro Fundador hacia su gente, a los últimos de la tierra – las *nuevas Nigricias*-, con “el ímpetu de aquella caridad encendida con divina llamarada en la falda del Gólgota, y salida del costado del Crucificado” que empujó a él, hasta “sentir que se hacían más frecuentes los latidos de su corazón”, hasta llegar a “aquellas lejanas tierras para estrechar entre sus brazos y dar un beso de paz y de amor a aquellos infelices hermanos suyos” (cf E 2742).

“Duc in altum” es la invitación de Jesús a Pedro, que le responde: “Ya que me lo dices, echaré las redes”.

Para nosotros misioneros/as “*ad vitam*”, este “*Duc in altum*” significa que la misión, en cuanto participación en el amor redentor de Dios para la salvación del mundo, revelado y dado en Cristo Jesús (56a; 1c; cf Jn 3, 16), *es la misma ayer, hoy y siempre* así como lo es Cristo (1b). Ella, por tanto, interpela nuestra vida aquí y ahora, al inicio del nuevo siglo y del nuevo milenio; ella camina con nosotros, continúa siendo, frente a los grandes retos con los cuales se abre el nuevo milenio (50-51), gracia y sorpresa de Dios en Cristo para los hombres de hoy (4b; 29); por medio de ella la vida humana continúa a tornarse una *historia de encuentro con Cristo y que en el diálogo con El reemprende su camino de esperanza* (8a).

2. Necesidad de purificar la memoria

Recibido más una vez el mandato misionero de Cristo “contemplado y amado” (58a) con la mirada de D. Comboni, recorramos nuestro largo camino misionero. Nos damos cuenta cómo su “Duc in altum”, resonando incesantemente en nuestro corazón, nos ha mantenido en camino y ha guiado nuestros pasos también en los momentos más difíciles. Hemos experimentado también qué era limitada nuestra capacidad de tener nuestra mirada fija en el Crucificado y de permanecer atentos/as al “Duc in altum” del Señor resucitado, permitiendo que se insinuara en nosotros un cierto sentido de desánimo, resignación y casi de impotencia frente a las urgencias de la evangelización.

Además, la mayoría de nosotros somos herederos de una visión del mundo en el que predomina el sentido de superioridad del hombre occidental, y que nosotros hemos expresado de varios modos en la actividad misionera.

Todo esto, unido a nuestra personal debilidad, nos ha vuelto tantas veces opacos/as y llenos/as de sombras y nos ha llevado a cometer errores, que se añaden a aquellos que se han ido acumulando a lo largo de los siglos. Asumirlos todos en primera persona, y en cuanto comunidad, significa reconocer que también el pasado misionero personal y colectivo tiene que ser “redimido”, desenraizado de los errores, para lanzar la acción misionera como portadora de vida, dialogante y capaz de sobrepasar prejuicios seculares. Por tanto, el “Duc in altum” que nos llega ahora, nos solicita a purificar nuestra memoria, esto es a abrirnos a la luz de Cristo que, haciéndonos más humildes y atentos en nuestra adhesión al Evangelio (6), nos hace hombres y mujeres nuevos (54) y nos llena de renovado impulso en el anuncio de Jesucristo, vigilantes para no repetir los errores ya reconocidos y convencidos que, frente a los problemas y retos de nuestro tiempo, “no será una fórmula la que nos salve, sino una Persona y la certeza que Ella non infunde: *¡Yo estoy con vosotros!*” (29b).

Para la purificación de la memoria (6) nos puede ayudar volver con el pensamiento y reflexionar sobre el “Día del perdón” celebrado durante el Jubileo en la *Liturgia del 12 de Marzo del 2000*².

A través de este ejercicio podemos llegar a asumir las responsabilidades de los cristianos perdurantes en el tiempo, en las cuales podemos encontrarnos comprometidos de alguna manera también nosotros hoy, y de aquí individualizar posibles caminos de conversión y hacernos promotores de efectivos gestos de reconciliación en aquellos contextos en los cuales estamos presentes.

En aquella Liturgia el Papa ha exhortado a los cristianos para que “pidan perdón por las divisiones entre los cristianos, por el uso de la violencia que algunos de ellos han hecho en el servicio de la verdad y por las actitudes de desconfianza y de hostilidad asumidas a veces con respecto a seguidores de otras religiones”.

² Cf “L’Osservatore Romano”, lunedì 13-14 Marzo 2000

Esta visión de conjunto ofrecida por el Papa, ha sido después especificada en la confesión de las culpas durante el desarrollo de la Liturgia: a) culpas cometidas usando métodos de intolerancia a servicio de la verdad; b) pecados que han perjudicado la unidad del Cuerpo de Cristo; c) culpas con respecto a Israel; d) culpas cometidas con comportamientos contra el amor, la paz, los derechos de los pueblos, el respeto de las culturas y de las religiones; e) pecados que han herido la dignidad de la mujer y del género humano; f) pecados cometidos en el campo de los derechos fundamentales de la persona.

2.1 A la escuela del Salmo 105/106

El Salmo 105 nos presenta el pueblo de Israel empeñado en realizar la purificación de su memoria, que consiste en confesar los pecados cometidos en el pasado por los “padres”, en reconocer que la comunidad de hoy continúa en esta dureza de corazón, en rectificar el camino tortuoso con la fe en la palabra del Señor y en encontrar en este acto de purificación una enseñanza para el futuro.

La comunidad, por tanto, es presentada como lugar de la *memoria* y de la *esperanza*.

En la memoria, la historia personal y colectiva de la comunidad aparece en su designio orgánico y recibe la luz para discernir el camino que hay que seguir en sus varios momentos. Sostenida por la memoria, la comunidad se empeña en el presente mediante el discernimiento, se proyecta hacia el futuro y tiene despierta la espera de la plena realización de sus aspiraciones.

La purificación de la memoria se realiza *re-cor-dando*, esto es dando de nuevo el corazón a Dios. En el Salmo es fuerte el llamado a recordar con gratitud a Dios, su amor, su Alianza, sus beneficios, para dar de nuevo el corazón a Él y así no permanecer comprometidos en la infidelidad de los padres, los cuales se alejaron de la Alianza porque no fueron capaces de recordar: *Nuestros padres no recordaron...*

La comunidad de Israel se encuentra exilada en Babilonia: examina detenidamente su historia y constata que en ella Dios ha salvado a su pueblo, y su pueblo ha respondido con repetidos pecados. Por causa de ellos Dios castiga, pero a la vez se abre a la misericordia. De aquí el pueblo interpreta su situación actual: marcada por el pecado, condición constante en la historia del pueblo, pero abierta también a la esperanza del perdón de Dios, después del “castigo” del exilio.

La traición del amor de Dios se verifica en toda parte: en Egipto (vv. 7-12), en el desierto (vv. 13-35), en Palestina (vv. 34-43), a través de la repetida falta de confianza en Dios (vv. 7.13.21), del envidia con respecto a Moisés y a Aarón (v. 16), del rechazo de entrar en la Tierra Prometida a causa del miedo (v. 24), de la idolatría en el desierto y en la Tierra Prometida (becerro de oro, vv. 19-20, ídolos de los pueblos paganos, vv. 36-39). El castigo para purificar de nuevo el pueblo nunca es un rechazo definitivo de parte de Dios: Él no olvida su Alianza y sus promesas (vv. 8.23.40-46). El pueblo alcanzado por esta misericordia invita a todos a celebrar y alabar la obra de Dios.

“Acuérdate de mí, Señor, por amor a tu pueblo” (v. 4).

Esta invocación recorre toda la Escritura y llega sobre los labios del malhechor crucificado con Jesús: *“¡Jesús, acuérdate de mí!”* (Lc 23, 42). Pero en esta escena hay una presencia a más: ¡el Hijo, el Dios crucificado!

Dios, para cumplir su designio de salvación, no sólo perdona nuestro pecado sino que incluso se hace hombre para tomar sobre sí mismo todas las consecuencias del mal: “Al que no supo de pecado, por nosotros lo trató como a pecador, para que nosotros, por su medio, fuéramos inocente frente a Dios” (2Cor 5, 21). Dios cumplió de manera sorprendente sus promesas: un malhechor se dejó aprisionar por este amor, el otro prefirió blasfemarle: no me sirve un Dios que lleva la cruz y perdona a sus crucificadores. La aurora del tercer día ha revelado el sentido de tal desperdicio de amor.

TODOS

Aleluya

SOLO

Dad gracias al Señor porque es bueno: *
porque es eterna su misericordia.

¿Quién podrá contar las hazañas de Dios, *
pregonar toda su alabanza?

Dichosos los que respetan el derecho *
y practican siempre la justicia.

TODOS	<p><i>Acuérdate de mí por amor a tu pueblo, *</i> <i>visítame con tu salvación:</i> para que vea la dicha de tus escogidos, + y me alegre con la alegría de tu pueblo, * y me gloríe con tu heredad.</p>
1° CORO	<p>Hemos pecado con nuestros padres, * hemos cometido maldades e iniquidades. <i>Nuestros padres en Egipto no comprendieron tus maravillas; +</i> <i>no se acordaron de tu abundante misericordia, *</i> se rebelaron contra el Altísimo en el Mar Rojo. Pero Dios los salvó por amor de su nombre, * para manifestar su poder. Increpó al Mar Rojo y se secó, * los condujo por el abismo como por tierra firme; los salvó de la mano del adversario, * los rescató del puño del enemigo. Las aguas cubrieron a los atacantes;* y ni uno solo se salvó: <i>entonces creyeron sus palabras *</i> <i>y cantaron su alabanza.</i></p>
2° CORO	<p><i>Bien pronto olvidaron sus obras, *</i> y no se fiaron de sus planes: ardían de avidez en el desierto * y tentaron a Dios en la estepa. Él les concedió lo que pedían, * pero les mandó un cólico por su gula.</p>
1° CORO	<p>Envidiaron a Moisés en el campamento, * y a Aarón, el consagrado del Señor: se abrió la tierra la tierra y se tragó a Datán, * se cerró sobre Abirón y sus secuaces; un fuego abrasó a su banda,* una llama consumió a los malvados.</p>
2° CORO	<p>En Oreb se hicieron un becerro, * adoraron un ídolo de fundición; cambiaron su Gloria por la imagen * de un toro que come hierba. <i>Se olvidaron de Dios, su Salvador, *</i> <i>que había hecho prodigios en Egipto,</i> <i>maravillas en el país de Cam, *</i> portentos junto al Mar Rojo. Dios hablaba ya de aniquilarlos; + pero Moisés, su elegido, se puso en la brecha frente a él, * para apartar su cólera del exterminio.</p>
1° CORO	<p>Despreciaron una tierra envidiable, * no creyeron en su palabra; murmuraban en las tiendas, *</p>

no escucharon la voz del Señor.
Él alzó la mano y juró *
que los haría morir en el desierto,
que dispersaría su estirpe por las naciones *
y los aventaría por los países.

2° CORO Se acoplaron con Baal Fegor, *
comieron de los sacrificios a dioses muertos;
provocaron a Dios con sus perversiones *
y los asaltó una plaga;
pero Finés se levantó e hizo justicia, *
y la plaga cesó
y se le apuntó en su favor *
por generaciones sin término.

1° CORO Lo irritaron junto a las aguas de Meribá *
y Moisés tuvo que sufrir por culpa de ellos;
le habían amargado el alma *
y desviaron sus labios.

2° CORO No exterminaron a los pueblos *
que el Señor les había mandado;
emparentaron con los gentiles, *
imitaron sus costumbres.
Adoraron sus ídolos *
y cayeron en sus lazos.
Inmolaron a los demonios *
sus hijos y sus hijas.
Derramaron la sangre inocente, *
y profanaron la tierra ensangrentándola;
se mancharon con sus acciones, *
y se prostituyeron con sus maldades.
La ira del Señor se encendió contra su pueblo, *
y aborreció su heredad;
los entregó en manos de los gentiles, *
y sus adversarios los sometieron;
sus enemigos los tiranizaban *
y los doblegaron bajo su poder.
Cuántas veces los libró; +
mas ellos, obstinados en su actitud, *
perecían por sus culpas;
pero él miró su angustia, *
y escuchó sus gritos.
*Recordando su pacto con ellos, **
se arrepintió con inmensa misericordia;
hizo que movieran a compasión *
a los que los habían deportado.

TODOS Sávanos, Señor, Dios nuestro, *
reúnenos de entre los gentiles:
daremos gracias a tu santo nombre *
y alabarte será nuestra gloria.

SOLO	Bendito sea el Señor, Dios de Israel + desde siempre y por siempre. * Y todo el pueblo diga:
TODOS	“¡AMEN!”

2.2 La purificación de la memoria de la Familia Comboniana

La canonización de Comboni nos invita a *recordar*, para dejarnos comprometer en su vida ejemplar de Apóstol “santo y capaz”.

Juan Pablo II ha afirmado claramente que los cristianos no pueden “entrar en el nuevo milenio sin purificarse, en el arrepentimiento, de errores, infidelidades, incoherencias, retrasos”. La purificación de la memoria colectiva debe abarcar también la memoria personal, por eso hay que preguntarse en qué medida los “pecados” del pasado, de los antepasados/as de nuestros Institutos, son todavía presentes en nuestra vida personal.

Procuremos, por tanto, componer el Salmo 105 con palabras nuestras, narrando la historia de nuestra familia religiosa, de nuestra propia vida como misioneros/as bajo la mirada de nuestro Fundador. Nos daremos cuenta cómo también nuestra miseria se cruza con la misericordia de Dios así como acontecía en la historia de Israel.

Individuemos los nudos principales en la historia de nuestro pecado, tomemos conciencia de ellos, confesémoslos como traición del amor de Dios para con nosotros, de la confianza que Él ha depositado en nosotros. ¿Cuáles son o dónde están nuestros “becerros de oro” o “ídolos de la tierra de Canaán”? Nuestros miedos y nuestras “aspiraciones” a tener todo bajo control, continúan convenciéndonos de que es mejor no confiar en un Dios que promete salvación y luego sube sobre la Cruz. El pecado de los individuos alcanza y compromete a toda la comunidad y viceversa.

El Salmo nos pide no limitarnos a individuar y confesar el pecado. Nos invita a reconocer en nuestra vida y en nuestra historia personal y colectiva la presencia del amor y de la misericordia de Dios: fuente de todo bien y del perdón de los pecados.

Es evidente que este ejercicio adquiere su sentido cabal, cuándo es hecho a continuación del “gran Hallel” personal y comunitario, sugerido por el Salmo 135.

2.3 Letanía de la Familia Comboniana

Para purificar nuestra memoria, compongamos nuestro Salmo de la bondad del Señor para con nosotros, y de nuestras infidelidades, *en forma de letanía*.

Con este ejercicio de oración purificamos nuestra memoria entrelazando el recuerdo de nuestras infidelidades hacia Dios con el recuerdo de su misericordia. *Recordando* de esta manera, en cuanto confesamos nuestros pecados pidiendo a Dios que nos libre y que nos revista de las virtudes y de los sentimientos del Corazón de Jesús, nosotros *devolvemos nuestro corazón a Él* y recibimos nuevo ímpetu en nuestra misión evangelizadora. Es un ejercicio de oración que nos lleva a “regenerar” la pasión por nuestro carisma:

Dios Padre, que te das al Hijo,	<i>ten piedad de nosotros.</i>
Jesucristo, que te das al Padre,	<i>ten piedad de nosotros.</i>
Espíritu Santo, fuente de toda generosidad,	<i>ten piedad de nosotros.</i>
V/ Del activismo, de una mentalidad eficientista y del individualismo,	
R/ líbranos, Señor.	
- De la tendencia a aislarnos y a cerrarnos,	
- De la incapacidad de integrar la soledad	
- De la evasión de la vida comunitaria bajo el pretexto del derecho a la privacidad,	
- Del insuficiente empeño en la oración personal y en el estudio,	
- De la pérdida del entusiasmo por la Misión y del consiguiente peligro de vivir desmotivados, inadaptados y presos en un estéril inmovilismo,	

- De la prueba del estrés, de los riesgos y de los peligros en la Misión,
- De la tentación del desánimo ante situaciones difíciles o la aparente esterilidad de nuestro trabajo,
- Del apego a las posiciones adquiridas,
- De la resistencia en acoger la edad que avanza,
- De la falta de identificación con el carisma comboniano y con el Instituto,
- De la pasividad ante las exigencias que surgen de la fisionomía del Instituto que cambia,
- De la falta de motivaciones espirituales y de claridad interior,
- De la insuficiente motivación teológica que está a la base de la vida comunitaria,
- De la poca confianza recíproca,
- De la contradicción entre lo que predicamos y nuestra vida concreta,
- De la falta de compromiso en continuar nuestra propia formación como proceso de crecimiento continuo que dura toda la vida,
- De una visión del mundo en que predomina el sentimiento de superioridad del hombre occidental,
- De la búsqueda del poder y del prestigio personal en la actividad misionera,
- De la desconfianza con respecto a la gente y a la Iglesia local,
- De la desatención a la realidad y a los signos de los tiempos,
- De la falta de continuo discernimiento, de evaluación y de proyectos comunes,
- De la superficialidad en el trato con la gente con quienes compartimos nuestra vida,
- Del uso de medios y estructuras desproporcionadas con respecto al servicio misionero y a las posibilidades de los pobres,
- Del apego a los bienes económicos y a las comodidades, que contradicen nuestro compromiso a vivir la pobreza evangélica en solidaridad con los pobres,
- Del protagonismo arrollador y celoso, que no deja espacio a la multiplicidad de los ministerios,
- De la afirmación de nosotros mismos y de la agresividad, que nos impulsan al dominio sobre los otros y a la traición del valor de la obediencia que profesamos,
- De los afectos desordenados y de la sensualidad, que oscurecen el testimonio de un corazón casto,
- Del peligro de habituarnos a los sufrimientos de los otros y distraernos de nuestras responsabilidades y compromisos a causa de miedos o de intereses egoístas,

V/ Para que vivamos en la realidad histórica actual la experiencia de discernimiento de Daniel Comboni,

R/ *escúchanos, Señor.*

- Para que frente a la nueva época misionera, generemos vitalidad y renovación para el Instituto,
- Para que el acontecimiento carismático de Daniel Comboni configure nuestra personalidad misionera y nuestra entrega incondicional al servicio misionero,
- Para que asumamos y vivamos el hecho de que la fuente para una continua renovación de nuestra vida misionera se encuentra en la confrontación constante entre situaciones misioneras y carisma original,
- Para que sintamos la necesidad de apropiarnos de la santidad y de la espiritualidad de Daniel Comboni,
- Para que madure en nosotros cada vez más la conciencia de un compromiso radical de continuar fieles a nuestra vocación hasta la muerte,
- Para que la experiencia carismática de Daniel Comboni incida de manera determinante en los programas formativos y en la vida cotidiana,
- Para que crezcamos en la conciencia de que el Instituto como tal tiene una función determinante en la formación de nuestros candidatos,

- Para que nos unamos en un esfuerzo común para ofrecer a nuestros candidatos el tesoro de nuestro patrimonio espiritual, a través del testimonio gozoso de nuestra identificación con el carisma comboniano,
- Para que la Regla de Vida y los Escritos del Fundador sean fuentes de inspiración para la vida y el trabajo,
- Para que encontremos la mejor manera de integrar las exigencias de oración, de estudio y de trabajo,
- Para que nos animemos y nos edifiquemos mutuamente, viviendo juntos como “cenáculo de apóstoles”,
- Para que evangelicemos en comunidad y tengamos cada vez más confianza en la gente, de manera que se convierta en protagonista de su historia y del proceso de su evangelización,
- Para que fomentemos el crecimiento y la colaboración con la Iglesia local, favoreciendo la autosuficiencia ministerial, económica y apostólica de las comunidades,

V/ Jesús, que hiciste de tu vida una entrega incondicional al Padre,

R/ *haznos semejantes a ti.*

- Jesús, que viniste al mundo para servir a los hombres,
- Jesús, que entraste con todo tu ser en la historia y en el dolor de los últimos,
- Jesús, que amas al pobre y escuchas su grito,
- Jesús, Buen Pastor, que das tu vida para que todos la tengan en abundancia,
- Jesús, Buen Pastor, que das tu vida por las ovejas más abandonadas y consuelas a los afligidos,
- Jesús, que sufriste y ofreciste tu vida en la Cruz por la humanidad pecadora,
- Jesús, que en tu Corazón Traspasado revelas el amor del Padre a la humanidad,
- Jesús, que has traído sobre la tierra el fuego de tu Caridad,
- Jesús, que elevado de la tierra atraes al mundo al Corazón del Padre,
- Jesús, que amas a tu Iglesia y te entregas por ella,
- Jesús que nos invitas a aprender de Ti, que eres manso y humilde de corazón,
- Jesús, que virgen y pobre por tu obediencia hasta la muerte de Cruz redimiste y santificaste a los hombres,
- Jesús, que continúas renovando tu muerte por nosotros en la celebración de la Eucaristía,
- Jesús, que te das en alimento incluso a quienes te son infieles,

ORACIÓN

Dios, Padre nuestro,

concédenos a nosotros, consagrados/as a Ti para la Misión,

revestirnos de las virtudes y de los sentimientos

del Corazón de tu Hijo, Jesucristo,

para que transformados a su imagen,

seamos incansables obreros/as al servicio de tu Reino,

y trabajemos así para la redención nuestra

y de nuestros hermanos.

Por el mismo Jesucristo nuestro Señor. Amen.